

EN VOZ ALTA

El Partido Comunista Uruguayo (PCU) no fue nunca un partido independiente. Como es sabido sin necesidad de nuevas demostraciones, siempre fue una sucursal de la internacional comunista, que es lo mismo que decir del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).

Nunca fue un Partido como los tradicionales nuestros. Siempre estuvo unido a la violencia e internacionalmente al crimen.

El relato que exponemos a continuación, resume algunas fases de su funcionamiento, que unido al informe secreto de Nikita Jrushchov de 1956, nos dan una pauta de la dimensión criminal comunista.

¿No resulta extraño que el “abanderado” de los derechos humanos en el Uruguay y primer suplente de Senador del Partido Comunista, el abogado Oscar López (quien gusta hacerse llamar burguésmente Oscar López Goldaracena) nunca nos informe nada acerca de estos hechos?

**Tte. Cnel. José N. Gavazzo
Prisionero Político**

EL PARTIDO COMUNISTA (IV)

SU DIMENSION CRIMINAL

La ocultación de la dimensión criminal del comunismo se relaciona con tres razones específicas. La primera tiene que ver con la idea misma de revolución. Todavía hoy en día, el duelo por la idea de revolución tal como fue contemplada en los siglos XIX y XX, está lejos de haber concluido. Sus símbolos – bandera roja, Internacional, puño en alto – resurgen en cada movimiento social de envergadura. El “Ché” Guevara vuelve a ponerse de moda. Grupos abiertamente revolucionarios están activos y se expresan con toda legalidad, tratando con desprecio la menor reflexión crítica sobre los crímenes de sus predecesores y no dudando en reiterar los viejos discursos justificadores de Lenin, de Leon Trotsky o de Mao. Esta pasión revolucionaria no ha sido solamente la de los demás.

La segunda razón tiene que ver con la participación de los soviéticos en la victoria contra el nazismo, que permitió a los comunistas enmascarar bajo un patriotismo ardiente sus objetivos finales que tenían como meta la toma del poder.

A partir de junio de 1941, los comunistas del conjunto de los países ocupados por los nazis y los fascistas, entraron en una situación de resistencia activa – y a menudo armada – contra el ocupante nazi o italiano. Como los resistentes de otras obediencias, también ellos pagaron el precio de la represión y sufrieron millares de fusilamientos, de asesinatos y de deportaciones. Y se aprovecharon de estos mártires para sacralizar la causa del comunismo y prohibir toda crítica en relación con ella. Además, en el curso de los combates de la resistencia, muchos no comunistas consolidaron relaciones de solidaridad, de combate y de sangre con comunistas, lo que impidió que se les abrieran los ojos a la verdadera realidad de lo que es el comunismo. En Francia, la actitud de los gaullistas fue a menudo determinada por esta memoria común, y fue estimulada por la política del General De Gaulle, que utilizaba el contrapeso soviético frente a los

norteamericanos. Este tema se encuentra muy bien detallado en el libro de Pierre Nora titulado “Gaullistes et Communistes” de 1997.

Esta participación de los comunistas en la guerra y en la victoria sobre el nazismo hizo triunfar de manera definitiva la noción de antifascismo como criterio de la verdad para la izquierda, y, por supuesto, los comunistas se presentaron como los mejores representantes y los mejores defensores de este antifascismo.

El antifascismo se convirtió para el comunismo en una etiqueta definitiva, y le ha sido fácil, en nombre del antifascismo, hacer callar a sus enemigos.

Tras ser considerado el nazismo vencido por los aliados como el “mal absoluto”, el comunismo basculó casi mecánicamente al campo del bien. Esto resultó evidente durante el proceso de Nüremberg, en que los soviéticos se encontraban en la fila de los fiscales. Fueron así rápidamente escamoteados los episodios vergonzosos en relación con los valores democráticos, como los pactos germano – soviético de 1939 o la matanza de Katyn. Se consideró que la victoria sobre el nazismo aportaba la prueba de la superioridad del sistema comunista. Tuvo especialmente como consecuencia, el suscitar, en la Europa liberada por los angloamericanos, un doble sentimiento de gratitud hacia el Ejército Rojo (cuya ocupación no se había sufrido) y de culpabilidad frente a los sacrificios soportados por los pueblos de la URSS, sentimientos que la propaganda comunista no dejó de aprovechar.

La última razón de la ocultación es más sutil, y también mas delicada de expresar. Después de 1945, el genocidio de los judíos apareció como el paradigma de la barbarie moderna, hasta ocupar todo el espacio reservado a la percepción del terror de masas durante el siglo XX. Después de haber negado, en una primera época, la especificidad de la persecución de los judíos llevada a cabo por los nazis, los comunistas comprendieron inmediatamente la ventaja que podían obtener de un reconocimiento de ese tipo al reactivar regularmente el antifascismo. El espectro de “la bestia inmundada cuyo vientre continúa aún siendo fecundo” – según la famosa fórmula de Bertolt Brecht - , fue agitado de manera permanente, a hora y a deshora. Más recientemente, el que se pusiera de manifiesto la “singularidad” del genocidio de los judíos, enfocando la atención sobre una atrocidad excepcional, ha impedido también percibir otras realidades del mismo orden en el mundo comunista. Y ¿cómo se podía imaginar además que aquellos que habían contribuido con su victoria a destruir un sistema genocida podían practicar también esos métodos? El reflejo más extendido fue el negarse a contemplar una paradoja así.

El primer gran cambio en el reconocimiento oficial de los crímenes comunistas, se sitúa el 24 de febrero de 1956. Esa tarde, Nikita Jrushchov, Primer Secretario, sube a la tribuna del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, el PCUS. La sesión es a puerta cerrada. Sólo los delegados al Congreso asisten a la misma. En medio de un silencio absoluto, aterrados, escuchan al Primer Secretario del Partido destruir metódicamente la imagen del “Padrecito de los Pueblos”, del “genial Stalin”, que fue, durante treinta años, el héroe del comunismo mundial. Este informe, conocido desde entonces como el “informe secreto”, constituye una de las inflexiones fundamentales del comunismo contemporáneo. Por primera vez, un dirigente comunista del más alto rango reconoció oficialmente, aunque sólo para información de los comunistas, que el régimen que se había apoderado del poder en 1917, había conocido una “derivación” criminal.

Las razones que impulsaron a Jrushchov a quebrantar uno de los mayores tabúes del régimen soviético, eran múltiples.

Su objetivo principal era imputar los crímenes del comunismo sólo a Stalin y así circunscribir el mal a fin de salvar al régimen. Influía igualmente en su decisión, la voluntad de desencadenar un ataque contra el clan de los stalinistas, que se oponía con

su poder en nombre de los métodos de su antiguo patrón, y por lo tanto, en el verano de 1957 estos hombres fueron apartados de todas sus funciones. Sin embargo, por primera vez desde 1934, su “muerte política” no se vio seguida por una muerte real, y se comprende, por este simple “detalle, que los motivos de Jrushchov eran más profundos. El, que había sido el jefe máximo de Ucrania durante años y, por esa razón, había llevado a cabo y ocultado gigantescas matanzas, parecía cansado de toda esa sangre. En sus memorias, donde sin duda se concede el papel de “bueno” de la historia, Jrushchov recuerda sus estados de ánimo: “el Congreso va a terminarse, serán adoptadas algunas resoluciones, todas formales. ¿Y qué? Aquellos que fueron fusilados por centenares de miles, permanecerán sobre nuestras conciencias”.

De repente apostrofa con dureza a sus camaradas:

“¿Qué vamos a hacer con aquellos que fueron detenidos, liquidados?” Ahora sabemos que las víctimas de las represiones eran inocentes. Tenemos la prueba irrefutable de que “lejos de ser enemigos del pueblo, eran hombres y mujeres honrados, dedicados al Partido, a la revolución, a la causa leninista de la edificación del socialismo. Es imposible ocultar todo. Antes o después, aquellos que están en prisión, en los campos de concentración, saldrán y volverán a sus casas. Relatarán entonces a sus padres, a sus amigos, a sus camaradas, lo que sucedió. Por eso estamos obligados a confesar a los delegados todo sobre la manera en que se ha dirigido el Partido durante estos años. ¿Cómo pretender que no sabíamos lo que sucedió? Sabemos lo que era el reinado de la represión y de la arbitrariedad en el Partido, y debemos decir al Congreso lo que sabemos. En la vida de cualquiera que ha cometido un crimen, llega un momento en que la confesión le asegura la indulgencia, si es que no la absolución”.

En el caso de algunos de estos hombres que habían participado directamente en los crímenes perpetrados bajo Stalin, y que, en su mayoría, debían su ascenso al exterminio de sus predecesores en la función, emergía cierta forma de remordimiento. Ciertamente se trataba de un remordimiento obligado, un remordimiento interesado, un remordimiento de político, pero en cualquier caso, un remordimiento. Era necesario que se detuviera la matanza. Jrushchov tuvo ese valor, incluso, aunque en 1956 no dudó en enviar los blindados soviéticos a Budapest.

En 1961, durante el XXII Congreso del PCUS, Jrushchov recordó no solamente a las víctimas comunistas, sino también al conjunto de víctimas de Stalin, y propuso incluso que se erigiera un monumento en su memoria. Sin duda había traspasado el límite invisible más allá del cual se ponía en cuestión el principio mismo del régimen: el monopolio del poder absoluto reservado al Partido comunista. Y eso el Partido no lo podía consentir.

El 24 de octubre de 1964, Jrushchov fue brutalmente depuesto de todas sus funciones pero no fue asesinado, muriendo en el anonimato en el año 1971.

El gran valor del “informe secreto”, fue que careció de contradictores, es decir todo lo dicho era verdad, y una verdad expresada por el entonces principal comunista del mundo y nada menos que en el Kremlin.

Cada comunismo nacional ha estado unido por una especie de cordón umbilical a la matriz rusa y soviética, contribuyendo a desarrollar ese movimiento mundial y se han negado a mirar de frente que el sistema comunista implica, en grados diversos, una dimensión fundamentalmente criminal. Con esta negativa han participado en el engaño en el sentido que lo entendía Nietzsche: “Negarse a ver algo que se ve, negarse a ver algo cuando se ve”.

¿Qué dice nuestro Partido Comunista Uruguayo, y en especial su “adaliid” en derechos humanos, el abogado Oscar López, de estos crímenes confesos y de la responsabilidad de ocultación de los mismos por parte del comunismo internacional?



**ACTO DEL FRENTE AMPLIO – PLAZA SAN
FERNANDO – MALDONADO – AÑO 2009**